

De actualidad

LA TRISTEZA DEL ESCENARIO



Es, sin duda, la villa de Madrid una de las poblaciones más acojedoras y abiertas. Acaso en exceso. No hemos oído ni leído que tuviese nunca murallas, apesar de aquello de "castillo famoso". Y si las tuvo no debieron de haber sido ni muy altas ni muy recias. Probablemente de barro.

Las puertas en Madrid están de ordinario y en casi todas partes abiertas. Sólo que están igualmente abiertas para entrar que para salir. No hay que dar muchos aldabonazos para que se las abran a uno, pero ve que tampoco las cierran luego que uno ha entrado.

¿Y por qué será que siendo un pueblo tan acogedor, tan abierto, tan franco el que se ha hecho a esta recelosa y áspera vida provinciana, lugareña si queréis, a esta vida de esquinas y corrillos, vuelve no pocas veces de la Villa Corte entristecido y no por haber tenido que dejarla? ¿Qué le causa esa tristeza? ¿Por qué la Villa Corte le deja un cierto dejo de cansancio y como si en ella hubiese envejecido en un día más que aquí, en la embozada ciudad provinciana, la de las esquinas y los corrillos, en un mes o acaso en un año?

Madrid le produce al que esto os dice ahora lo que podríamos llamar la tristeza del escenario. Una tristeza que deben conocer ciertos actores. Sobre todo los del género cómico. Una tristeza sutil que no conoce el autor dramático, aunque éste conozca otra. ¿Y qué le sucederá al que es autor y actor a la vez actor de su propia obra, cuando representa bien una comedia mala y cuando representa mal una comedia buena?

Madrid es muy alegre, dicen. Pero una capital cualquiera resulta alegre o triste según quien la mire y observa. Que si no hay tristezas ajenas que nos alegren—por lo menos al bien nacido y sano de corazón—hay alegrías que nos entristecen. Por qué se nos aparecen falsas.

A una de esas colas del pan en Madrid llevaron un organillo de manubrio para amenizarla. De aquí se podrá deducir que los de la cola—a los que no nos atrevemos a llamar coletos, ya que éstos son los que les llevan la cola del hábito a los que la gasten—que los de la cola toman ésta a broma. Que si los duelos se dice que con pan son menos, podrá decirse que el pan escaso y malo con música es más.

"Pierde usted el tiempo—nos decían ahora en la Villa Corte—haciendo el agorero; aquí la gente no piensa más que en divertirse. Los cines, los bares, los garitos están siempre llenos. Triunfa por donde quiera, el recreo. Nadie piensa sino en recrearse. Y cuanto más anuncien ustedes el derrumbe, la catástrofe, o como usted dice ahora, la catacumba, más procurarán divertirse".

"Lo que quiere decir—les replicamos—que nos hacen caso, que se enteran de nuestros agüeros y que creen en ellos. Y por nuestra parte no creemos en la alegría de sus recreos".

El pueblo soberano se aburre, como otros soberanos, soberanamente. Ese pueblo que llena los bares, los cines y las timbas se aburre soberanamente. Y se aturde.

¿Atonía? No, atonía no, sino algo peor. No, no es insensibilidad a las cosas públicas, a los problemas sociales. Esa depresión que parece atonía es acaso una fase de la hiperestesia.

Lo hemos dicho muchas veces pero hay que repetirlo: asistimos a una disolución política civil, y, por lo tanto, moral de la sociedad. Acaso a una disolución necesaria. Porque como dice el aforismo de los químicos, los cuerpos no obran sino disueltos. Tienen que disolverse para luego cristalizar. Y un pueblo que se disuelve política o sea civilmente, va al teatro, a toda clase de teatro, a matar su aburrimiento, el aburrimiento de la disolución. Y aunque parece divertirse y a las veces se ríe, mira abu-

rridamente, tristemente, al escenario. Y el de la escena, el actor, si es avisado y lee en la frente colectiva del público su colectivo aburrimiento soberano se aburre él a su vez pero de manera aun más trágica que aquellos a quienes aburre.

¡El aburrimiento de la disolución! Que fácilmente cambia en el tedio de la vida colectiva. Y sucede que cuando más se habla de colectivismo es cuando menos vida, verdadera vida colectiva hay. Aunque la colectividad dice referencia a la colección, y una colección no es precisamente una sociedad. Coleccionarse, reunirse no es por eso asociarse. Como no lo es ni sindicarse. Cabe, en rigor, sindicato sin asociación, sin verdadera asociación. Que es cuando las gentes se reúnen no para un fin común, sino para fines meramente individuales.

¿Fin común? El fin común no puede ser más que un fin histórico, un fin de ideal, un fin de justicia. Y hay fines colectivos que no por eso son comunes. Que una colectividad, una colección, así como no es, sólo por serlo, asociación, tampoco es, sólo por ser colectividad, comunidad. Hay gentes que se coleccionan y tienen muy poco o nada de común.

¡Pero qué triste es ver desde el escenario el aburrimiento de la disolución! Se ha escrito mucho sobre la vida vista como representación teatral, desde la galería, pero no tanto sobre la galería vista desde el escenario. Para el actor que posea el trágico poder de desdoblarse y de asistir como espectador, desde el escenario, a la representación muda—no siempre—de la galería ¿qué fuente de hondas impresiones y de más hondas enseñanzas!

Una capital como Madrid es siempre más teatral, más escénica, que una embozada ciudad provinciana, y más si ésta conserva murallas. ¿Comprendéis ahora como puede volverse de la Villa Corte, tan acojedor, tan abierta, con el corazón empañado por la tristeza del escenario?

MIGUEL DE UNAMUNO